

The background is a historical map of the Iberian Peninsula, showing the Atlantic Ocean to the west and the Mediterranean Sea to the east. The map is detailed with geographical features, rivers, and place names in Latin. A prominent stone wall with crenellations is overlaid on the map, running from the bottom left towards the right side of the frame. The wall is made of textured, brownish stone blocks. A semi-transparent tan banner is positioned at the top, containing the title and author's name.

# Qué país es éste

Natura Olivé

Forum Ediciones





Qué país es éste

Qué país es éste  
Primera edición digital: Febrero de 2014  
© Natura Olivé

© Forum Ediciones SA de CV  
Prolongación Canal Nacional 192  
Edificio 1-D-40. Colonia Santa Anita  
08300 México, DF.  
Teléfono: 55 38 89 63  
forum@forumenlinea.com  
www.forumenlinea.com

Diseño de portada e interiores:  
Héctor Quiñonez Hernández

# Qué país es éste

Natura Olivé



**FORUM**

© Forum Ediciones SA de CV



# Qué país es éste

## Natura Olivé

“... mientras siga negándose a reconocer su propia y conflictiva historia.”  
Américo Castro

Cuando se nace donde las sombras del Medievo son espesas, tanto que apenas dejan ver, se percibe un tufo a viejo que lleva a preguntar ¿qué país es este? Dicen que tiene forma de piel de toro, que se encuentra donde el mar Mediterráneo se cierra, que desde tiempos remotos cuando los pobladores de zonas aledañas se aventuraban en estas aguas encontraban la península Ibérica. Es pues Iberia este país que huele a viejo, poblado desde tiempos inmemoriales, muchos siglos antes de nuestra era estaba habitado por pueblos que tenían nombre propio: mastienos, tartesios, iberos, indigetes...

Receptor de civilizaciones magníficas, de admirables culturas milenarias, hasta sus tierras llegaron desde Asia, África y la Europa continental, quienes en esos lares construían su particular manera de vivir.

La Fenicia remota y antigua, envió hasta Iberia a sus marinos y comerciantes, con un bagaje cultural acumulado desde tres mil años antes de nuestra era. Aportaron a Iberia experiencias nuevas, enriquecieron su desarrollo, dejaron su huella ya en el siglo IX antes de nuestra era, cuando en tierras habitadas por los tartesios, la actual Andalucía, fundaron Agadir una colonia que alcanzó el máximo esplendor cultural y comercial. También fundaron Malaca, desde donde llegaban con sus productos hasta Marruecos, al otro lado del Mediterráneo.

Las fértiles aguas mediterráneas fueron caldo de cultivo para la creación de civilización, allí floreció la cultura helénica basamento esencial para la construcción de la cultura occidental.

Los griegos con su cultura y su poderío económico llegaron a Iberia en el siglo VI antes de nuestra era, colonizaron extensas zonas de su territorio y fundaron la gran ciudad de Emporión. En su contacto con los pueblos que habitaban el lugar compartieron enseñanza y aprendizaje. Todos enriquecieron su cotidianidad.

Eran tiempos de búsqueda y de migración, de acomodo, y desde el centro de Europa llegaron los celtas, un pueblo guerrero que ya trabajaba el hierro. Atravesaron los Pirineos y ocuparon gran parte del territorio peninsular, se impusieron por la fuerza de las armas.

Convivieron con los pueblos nativos, en algunas zonas esta convivencia originó un nuevo grupo étnico, los celtíberos, que crearon una cultura propia, distinta, original.

Las regiones donde la presencia celta se afirmó con más fuerza fueron las que corresponden a Galicia y Portugal. Era el siglo IV antes de nuestra era.

Mientras, en el norte de África, Cartago, antigua colonia fenicia, se convierte en una gran potencia militar y comercial. Controla el comercio que se desarrolla en

el Mediterráneo y cuenta con un poderoso ejército que le permite intentar la conquista de la península Ibérica, pero encuentra resistencia y solo logra establecerse en una zona, donde en el siglo III (antes de nuestra era) funda la Nueva Cartago, que después será Cartagena.

Toda la experiencia humana, toda la riqueza cultural acumulada en torno al Mediterráneo por estos pueblos que buscaban, experimentaban, creaban, dio origen a la civilización que todavía hoy nos sustenta, surgió la cultura que ha dado forma al mundo occidental.

También el pensamiento elaborado en la Grecia helénica, creó las ideas y las instituciones políticas que sostienen la propuesta democrática actual, todavía válida.

En ese entorno surgió la más grande potencia de la antigüedad, el Imperio Romano, que no solo dominó toda la cuenca del Mediterráneo sino que penetró al interior del continente europeo y se extendió hasta lejanas tierras asiáticas.

Era un tiempo en que las tierras de Iberia eran habitadas por pueblos que construían su identidad, su particular identidad. Cada día debían enfrentarse a su medio ambiente y aprender de los retos que la naturaleza les imponía.

Estrabón, el geógrafo griego, dice que en el siglo I (antes de nuestra era), la península Ibérica estaba habitada por los galaicos, también llamados gallegos, los astures, los cántabros, los vascones, pueblos que ocupaban el extremo norte de la península, más al noreste, el territorio que hoy es Cataluña, desde lejanas épocas estaba habitado por indigetes, laietanos, contestanos, iberos. Además, edetanos, ilergetes, ausetanos, ocupaban también el territorio ibero.

Eran pueblos que vivían dispersos a lo largo y ancho de la geografía peninsular, un territorio agreste y difícil. Eran independientes, vivían aislados unos de otros. Su evolución se daba de manera autónoma, cada uno tenía un ritmo de desarrollo específico, acorde con las circunstancias que su entorno propiciaba. Su particular manera de vivir iba construyendo un modo de ser, un temperamento que los diferenciaba, unas características que los identificaban. Ocupaban un espacio que les pertenecía. Hablaban su propia lengua, una lengua que iban construyendo en la especificidad de su hacer cotidiano.

Eran pueblos con una personalidad propia. Tenían ya entonces un sentido de pertenencia que se expresaba en un nombre propio, se sabían y se nombraban: astures, gallegos, vascones, cántabros, indigetes, etcétera.

La poderosa Roma al expandir su Imperio, ocupó toda la península Ibérica, sometió a los pueblos que la habitaban, y la nombró Hispania. Antes tuvo que vencer la resistencia de los pueblos nativos, resistencia que se prolonga desde el año 206 (antes de nuestra era), cuando se producen las primeras incursiones romanas a Iberia, hasta el año 133 en que Numancia es derrotada.

Impuso un gobierno centralizado a modo que le garantizara a través de gobiernos municipales el control total de la colonia. La dividió en provincias, construyó vías de comunicación tan importantes que unieron a la península de un extremo a otro. Impulsó también el desarrollo de ciudades estratégicas.

Impuso la obligatoriedad de su lengua, el latín. Era obligado su uso, pero la persistencia en el habla cotidiana de las lenguas propias de los pueblos aborígenes dio como resultado la formación de nuevas lenguas, las llamadas lenguas romances. Así surgieron el bable, el gallego, el catalán, el castellano, el



aragonés. Los vascones persistieron en el uso de su antiguo idioma, su lengua nunca se contaminó. En su territorio la presencia romana siempre fue débil, en consecuencia tampoco el latín pudo influenciar el habla de los vascones.

Dominar llevaba implícito romanizar, enseñar, compartir o imponer la cultura propia, algo que Roma hizo con eficacia difundiendo sus trascendentales logros culturales. Pero también supo aprender, porque los pueblos indígenas poseían conocimientos que les eran útiles, le servían, y al conocerlos le resultaron necesarios. En el contacto entre individuos, o entre grupos de personas se da siempre un intercambio, una interinfluencia enriquecedora. La individualidad humana es única, siempre tiene un algo diferente al otro, es resultado de experiencias diferentes siempre puede aportar nuevos conocimientos, nuevos parámetros culturales.

En la Roma heredera y continuadora de la cultura helénica, nace la ciencia del derecho, la jurisprudencia, tan sólida y consistente que todavía hoy, muchos de sus postulados se mantienen vigentes. La impuso en sus colonias. Los dominados debían regirse por nuevas leyes, las de los romanos, que estaban por encima de las leyes y las costumbres que los habitantes de Iberia se habían dado. El poder determinaba que el derecho romano debía regir su vida, la familia, la propiedad, el derecho hereditario, estaban reglamentados por las leyes que los conquistadores habían creado.

El modo de producción esclavista se fortaleció con la expansión del Imperio Romano, las guerras continuas proporcionaban nuevos esclavos. Los cautivos se convertían en fuerza de trabajo esclava. En la Hispania romana, igual que en el resto del Imperio, la esclavitud adquirió preponderancia, fue la base de su desarrollo económico.

En pleno apogeo del régimen esclavista, nace el cristianismo, frente a las primitivas religiones de Iberia, adoradoras de la luna o el sol, de los elementos de la naturaleza, o de la idea de fertilidad expresada en un cuerpo de mujer, ante el paganismo de los romanos, con Júpiter a la cabeza de un numeroso grupo de dioses, el cristianismo proclama la existencia de un solo Dios, el Dios Padre, bajo cuyo manto todos caben.

En una sociedad cuya organización social está basada en la esclavitud, que coloca al ser humano esclavo al nivel de un objeto, de una mercancía, propiedad del poderoso patricio que es dueño de su vida y de su muerte, el cristianismo promete el cielo en el que el paraíso será para todos, basta ser humilde, caritativo, obediente, saber perdonar, nada más alejado de la sociedad romana, donde la desigualdad entre los seres humanos es tan abismal que unos son dueños de otros a los que solo se les reconoce valor en su condición de mercancía.

El cristianismo se extendió por todo el Imperio Romano, en un principio fue duramente perseguido, hasta que poco a poco fue imponiéndose, hasta ser reconocido de manera oficial, adquiriendo entonces la relevancia que todavía hoy conserva.

En la Hispania romana se sabe que ya para el siglo II de nuestra era existían comunidades cristianas importantes.

Cuando el Imperio Romano decaía, otros pueblos, en otros espacios, buscaban nuevas experiencias, nuevas maneras de vivir; pueblos, que llegaron hasta tierras romanas, entraron por la Galia, atravesaron los Pirineos y

encontraron la Hispania romana, la vieja Iberia. Venían de tierras muy lejanas, eran los alanos, que muchos años antes habían iniciado su peregrinar en tierras iraníes; los vándalos, que venían del Este de Europa, y los suevos, asentados en el centro del continente europeo, en la Germania. Sus incursiones bélicas desestabilizaron la vida del Imperio, algunos ocuparon zonas de Iberia que estaban habitadas, otros atravesaron la península y llegaron hasta África. Eran los comienzos del siglo V cuando el Imperio Romano entraba en plena decadencia.

La estabilidad lograda en torno al Mediterráneo gracias al florecimiento cultural alcanzado por Grecia y Roma, no existía a su alrededor, donde pueblos sin tierra, sin un espacio propio, buscaban adueñarse de un lugar que fuera suyo, que les perteneciera, y les permitiera crear un sentimiento de pertenencia, tan necesario para construir una identidad particular, una individualidad que los identificara.

Después llegaron los visigodos hasta las fronteras del Imperio Romano, venían desde Escandinavia, donde hunos y alanos, les disputaban el territorio. Era un pueblo con rey, pero sin reino, necesitaban asentarse en algún lugar, la vida nómada ya resultaba incómoda, dificultaba el desarrollo, no permitía el progreso. Incursionaron en territorio romano, llegaron hasta Roma, la capital, pero fueron rechazados, pudieron solo ocupar la Galia y establecieron su capital en Tolosa. Necesitaban consolidar el control de estos territorios y ampliarlos, para lograrlo cruzaron los Pirineos y llegaron hasta la Tarraconense. Su presencia en la Hispania de los romanos hizo tambalear el dominio del Imperio Romano sobre la vieja Iberia.

Pero los visigodos no pudieron mantener el control de la Galia, otro pueblo en busca también de un espacio propio, un espacio que les perteneciera, los francos, los expulsó, tuvieron que huir hacia la península Ibérica, lograron dominar una parte de su territorio, y establecieron su capital en Toledo.

No lograron nunca un dominio absoluto de todo el territorio peninsular, los suevos ocupaban una parte y los pueblos aborígenes no se sometían fácilmente, defendían su espacio, peleaban por conservarlo, la guerra era una constante.

La estabilidad alcanzada por el Imperio Romano fue destruida por las continuas invasiones, reinaba el desorden y el caos en sus colonias. Hispania no era una excepción, la tranquilidad había terminado y al poderoso Imperio no lo sustituyó un poder fuerte, único, centralizado. La de los visigodos fue una etapa de dominación débil, sin solidez. La península fue escenario de continuos enfrentamientos, tanto por controlar territorios como por motivos religiosos. Los visigodos profesaban la religión arriana, cuando era el momento en el que la religión católica buscaba imponerse, abrirse camino. La confrontación era cosa de todos los días, era un continuo caos en el que se movían los pueblos nativos, huyendo de las zonas conflictivas, protegiéndose en territorios de difícil acceso. Circunstancia que propició que sobre ellos nunca se ejerciera una autoridad real, efectiva, y que su evolución tuviera características particulares.

El territorio ibérico estaba dividido, los visigodos ocupaban una parte, los suevos otra, el resto quedaba fuera de su control. Fue hasta el siglo VI cuando bajo el reinado de Leovigildo, entre los años 582 y 586 que se logró una cierta consolidación del dominio visigodo, este rey se apoderó del reino de los suevos, ocupó comarcas del centro y del oeste que eran independientes, anexó Vasconia

y Cantabria. Sometió a los vascones sublevados y construyó la fortaleza de Victoriano para mantener un continuo control sobre ellos; en este lugar se construiría posteriormente la ciudad de Vitoria.

La monarquía visigoda no era hereditaria, no era obligado que el trono pasara de padres a hijos, aunque quien tenía el poder procuraba que así fuese, pero todos los nobles tenían derecho a ocupar el trono. Esto ocasionaba frecuentes luchas internas, continuos enfrentamientos, que en nada ayudaban a que se constituyera un poder central fuerte.

Pasaron años, muchos años, siglos de ocupación visigoda, se mantuvieron asentados en Toledo, pero nunca pudieron dejar de guerrear, todavía en el siglo VII, después de dos siglos de ocupación, cuando ocupaba el trono el rey Wamba, en los años 672 a 680, las guerras eran continuas y las sublevaciones de los nobles no cesaban.

Los enfrentamientos religiosos, cada vez más agudos, entre quienes profesaban el arrianismo y los que se inclinaban por la religión católica dividían y enfrentaban a la población visigoda.

Las continuas sublevaciones de los vascones, incesantemente repetidas, se extendían hasta la Septimania.

Era una sociedad caótica, dispersa, el desgaste del poder centralizado en un rey era total, el poder se fragmentaba, tendía a la separación, resultaba ya imposible aglutinarlo en torno a un trono, había llegado la época de los señores feudales, capaces de controlar un feudo, pero imposibilitados de ir más allá. El nivel alcanzado por el desarrollo económico no lo permitía.

Era ya la Edad Media, el sistema económico feudal imperante regía la sociedad, no solo en lo económico, también en lo político y lo social.

El señor que encabezaba a un grupo de guerreros se hacía dueño de la tierra que conquistaba. Las armas le daban poder y la tierra dinero, su propósito existencial ser dueño de una mayor cantidad de tierras y atesorar más dinero.

Era una economía esencialmente de autoconsumo, la tierra producía el sustento necesario, de ella se obtenía el alimento y también el producto artesanal requerido.

El campesino que la cultivaba, el siervo de la gleba, junto con su familia, era tan propiedad del señor feudal como la tierra misma. Su trabajo producía excedentes que le pertenecían al señor feudal.

El excedente así obtenido, permitía la existencia de una clase improductiva formada por los señores feudales, los caballeros que lo acompañaban en la batalla, y también el clero sus rezos desde sus monasterios y sus conventos.

Era una sociedad en proceso de gestación, de fortalecimiento, tres estamentos la sostenían: el clero que reza, la nobleza que hace la guerra y el pueblo que trabaja.

Era una época de espacios territoriales vacíos, y otros fáciles de conquistar por su aislamiento. La dominación visigoda fue la ocupación de un territorio que no les pertenecía, pero al no contar con un espacio propio donde vivir, necesitaban ocupar un lugar que era de otros, llegaron y se impusieron, no tenían otra opción, pelearon, su arma era la fuerza, los movía la imperiosa necesidad de contar con un lugar donde desarrollar su proceso constructor de humanidad, donde construir

su condición humana. No eran tiempos de pertenencias territoriales definidas, esa era una tarea todavía por realizar.

Pero lo que en esas tierras de Iberia ya se había construido era muy fuerte, muy sólido, muy antiguo, tan antiguo que las profundas raíces que lo sostienen allí siguieron y allí siguen, se había construido vida, experiencia humana.

Existen cálculos que señalan que de los pobladores de Iberia, ocho millones eran nativos, y 200 mil visigodos. También desde tiempos muy antiguos en el recuerdo se registra la presencia de una importante comunidad judía en la península. Eran grupos dispersos por todo el territorio, con una fuerte presencia y una clara individualidad sustentada en su religión, sus costumbres y su idioma.

En la península Ibérica desde siempre habitaron pueblos que compartían su territorio, pero vivían en comunidades aisladas, separados por la religión, las costumbres, el idioma y también por un entorno geográfico difícil.

Y así en el año 711, llegaron del norte de África los moros, musulmanes que habitaban el Magreb, derrotaron en la batalla de Guadalete al rey Rodrigo, último rey visigodo, y en siete años se extendieron por todo el territorio peninsular. La población visigoda siguió ocupando ese territorio que había hecho suyo y del que ya formaba parte.

Durante ocho siglos los musulmanes dominaron extensas zonas de la península, algo solo posible porque no existía un basamento social único, tampoco una identidad cultural única, en consecuencia tampoco una unidad lingüística. La obligatoriedad del uso del latín, impuesta por los romanos, había dado como resultado no una sola lengua, sino varias, cada pueblo nativo con su especificidad existencial construyó su propia lengua.

Tampoco existía una unidad religiosa. Entre los visigodos quedaban todavía vestigios de arrianismo, no todos se habían convertido al catolicismo, algo que puede pensarse también sucedía entre los diversos pueblos de la primitiva Iberia, y estaba así mismo, la importante presencia judía, tan ancestral como vigente.

El aislamiento en que vivían los diferentes grupos humanos no favorecía el mestizaje, pero sí dejaba espacios vacíos posibles de ocupar por quienes llegaban en busca de un lugar para vivir.

Los musulmanes llegaron con sus particulares características, sus costumbres, su religión, su idioma, eran portadores de una cultura grandiosa, sólida, única, hecha durante siglos con su específica manera de vivir.

Los moros que llegaron del norte de África provenían de la península Arábiga, poblada desde antiguo por tribus organizadas en torno a un jefe, al que llamaban jeque. Solo tenían en común su origen étnico. Cada tribu tenía su propia manera de vivir. Eran seminómadas y dedicadas al pastoreo.

No todas profesaban la misma religión, las había paganas, idólatras, también cristianas y otras de religión judía.

El territorio donde se movían debía satisfacer todas sus necesidades, una mala cosecha, un periodo de sequía, podía obligar a buscar nuevos caminos, que generalmente llevaban a enfrentar a otra tribu en ese momento más afortunada.

Esto daba lugar a continuas confrontaciones, vivían en continuo conflicto, en un estado de guerra insostenible. Esta situación anárquica generaba tal caos y tal desorden que entorpecía el desarrollo, el progreso de la región.

En el año 570, en la tribu de los coreichetas, nació Mahoma, un niño que pronto quedó huérfano, creció al cuidado de su tío. Ya mayor trabajó de conductor de caravanas, recorrió muchos caminos, conoció muchas maneras de vivir, supo de muchas maneras de pensar. A los 25 años se casó con una mujer viuda, mujer muy rica que puso en sus manos toda la fortuna que poseía.

El dijo ser el nuevo Profeta, el portador de la palabra de Dios. Predicó una religión monoteísta, Dios solo hay uno y es Alá.

Predicaba en la ciudad de la Meca, donde los ricos comerciantes que la habitaban eran idólatras, los amenazó con castigos divinos, les dijo que Dios era uno y todopoderoso, que quienes solo buscaban los bienes terrenales serían presa de su ira. No aceptaron su prédica, fue amenazado y tuvo que huir, llegó a Jatrib, la ciudad que después sería Medina, la villa del Profeta.

La huida fue el 16 de julio del año 622, fecha que marca el comienzo de la Era Musulmana.

Mahoma fundó una nueva religión, el Islam, que predica la sumisión absoluta a la voluntad de Dios. Una religión teocrática, que considera iguales a todos los hombres, y a todos ofrece protección al aceptar a Alá como Dios único, creer en el juicio final, en los profetas enviados por Alá, y sobre todo reconocer que no existe más Dios que Alá y que Mahoma es su profeta. Para el Islam solo hay una ley, la del Corán.

Esta propuesta religiosa desborda el ámbito tribal, étnico. Mahoma engloba en su visión religiosa la dimensión humana total, abarca lo terrenal y lo espiritual, se dirige a todos los árabes, les dice que al aceptar la sumisión a Alá llevarán al Islam a solucionar todos los problemas que les afectan como individuos, entonces todos los hombres serán buenos, justos, leales, podrán vivir en armonía, la sociedad será perfecta y contra quien lo impida, contra quien lo obstaculice el castigo divino ejercerá su poder, la fuerza podrá usarse sin límite hasta llegar a la guerra santa.

Mahoma dio a las tribus árabes dispersas y enfrentadas un punto de apoyo, un eje de unidad que les proporciona la necesaria estabilidad que da ver al otro como su semejante, como su igual. Les permitió romper su aislamiento, sentirse parte de un todo. Mahoma fundó una religión que a la vez que unifica, atemoriza, castiga, y en consecuencia controla.

Al establecerse en Medina aplicó toda la fuerza de su predica, en todos los ámbitos ejerció su autoridad; junto a ser un predicador convincente, fue un político sagaz, y un jefe militar capaz de derrotar a quienes enfrentaban su poder.

La autoridad de Mahoma en la ciudad de Medina fue absoluta, la ejerció como jefe religioso, político y militar.

Con este sustento religioso surge una potencia política, militar y cultural de primer orden. El Islam se expande, especialmente bajo el dominio de los primeros califas, los sucesores de Mahoma. Su desarrollo es enorme y su influencia se extiende no solo a las zonas cercanas como Siria, Mesopotamia, Persia, Egipto, sino que llega hasta la India, el norte de África, la península Ibérica. En el año 720 atraviesa los Pirineos, pero pronto son expulsados de la Septimania y la Aquitania zonas que habían invadido.

A finales del siglo IX el Islam domina todo el Mediterráneo. Con la herencia de Mahoma, los califas que le suceden construyen un imperio que supo



aprovechar la riqueza cultural y científica hasta entonces creada. Hacen suya la herencia dejada por la Grecia clásica y la Roma imperial, la difunden y la desarrollan, sus conocimientos científicos alcanzan niveles nunca antes vistos. Fue éste uno de los momentos culminantes del desarrollo científico y cultural de la humanidad. Fue la potencia cultural más importante de su época, su impacto aún perdura, su poderío político y militar todavía se mantiene vivo.

Los moros que llegan a tierras ibéricas van respaldados por toda la fuerza que el Islam genera y proyecta al mundo desde Arabia.

En el Al-Andalus, los territorios de la península Ibérica sometidos al Islam, la fuerza del Califato de Damasco impulsó un desarrollo económico y cultural que marcó una clara preeminencia en el ámbito ibérico. Córdoba fue su capital, el centro cultural más importante de su época. La fuerza que de su poder económico, político y cultural emanaba se proyectó más allá de los territorios que el Islam dominaba. Córdoba llegó a tener una población de 250,000 habitantes. Su esplendor cultural se consolidó durante la larga, muy larga presencia musulmana en Iberia, fueron ocho siglos, mucho tiempo, durante el cual se creó, se desarrolló conocimiento y arte, avance técnico y cultural, en una palabra, progreso. Ese progreso que es en esencia construcción humana.

La huella que esta etapa deja en el acontecer, en el devenir ibero, es sólida, contundente, tan profunda que resulta imborrable.

La presencia musulmana se afianza en el Al-Andalus, primero a través de un emir que el califa de Damasco envía para que en su nombre ejerza la autoridad, controle la región que es una provincia más del Califato.

La religión de Mahoma ha unido a los musulmanes en torno a Alá, pero en el día a día terrenal la lucha por el poder marca la cotidianidad. Los califas omeyas, los sucesores del Profeta, son derrotados, masacrados hasta la muerte, por la dinastía de los abasidas, sólo el joven Abderramán de la familia de los omeyas logra huir, se refugia en el Al-Andalus y apoyado por los yemeníes y los bereberes derrota al emir. Se adueña de Córdoba y se declara independiente del Califato Abasida de Oriente. Su vínculo con el Islam, lo mantiene intacto.

La dinastía de los omeyas se posiciona en el Al-Andalus, Abderramán I es el primer monarca que gobierna sin reconocer la autoridad del Califato de Oriente. Encuentra una sociedad formada por comunidades diferentes, un espacio habitado por personas que profesan distintas religiones, que no comparten sus costumbres, y que no hablan el mismo idioma.

Aplica una política de tolerancia y respeto hacia cristianos y judíos, pero se muestra implacable con los árabes insurrectos.

La fuerza del Islam se extendía, abarcaba a numerosas tribus, todas querían el poder, todas peleaban por él.

Abderramán I impulsó el desarrollo de Al-Andalus, inició la construcción de la Mezquita de Córdoba, fundó la Casa de Moneda.

Cuando era el año 756, han pasado solo 45 años desde la llegada de los musulmanes a la península Ibérica, la lucha por el poder entre los mismos musulmanes es una constante. Por otra parte, no faltan tampoco las frecuentes incursiones de pueblos que vienen de otras latitudes, en el año 844, llegan los normandos, invaden la región noroeste donde habitan los galaicos, obliga combatirlos para evitar que lleguen hasta las tierras que los musulmanes ocupan.

Al-Andalus es en ese momento una sociedad dispersa, caótica, enfrentada a continuas rivalidades, donde reina la anarquía que generan los diferentes grupos que pelean por el control del poder.

Cuando hereda el trono Abderramán III se enfrenta a un fuerte reto, debe en principio imponer el orden, y ante todo lograr la unidad entre los musulmanes. Se aboca a ello y en el año 928 derrota a los muladíes, sublevados en Bobastro, logra terminar con la anarquía imperante en el Al-Andalus. En el año 929 toma el título de califa –sucesor de Mahoma– y gobierna durante 49 años, un periodo de gobierno muy largo que fortalece notablemente a la monarquía musulmana.

Nunca antes de Abderramán III había tenido Al-Andalus tanto poder, ni lo tendrá nunca después. Córdoba alcanzó su máximo esplendor, su Ejército fue el más organizado, su Marina la más poderosa del Mediterráneo. Sus dominios se extienden por el norte de África, llegan hasta Argel, en el año 939 ocupa Ceuta y Melilla, pero no puede destruir el poder de los fatimitas de África del norte que lo enfrentan con ejércitos de mercenarios. Deberá intentarlo una vez más y cuando logra vencerlos puede ya consolidar sus conquistas. Al-Andalus alcanza entonces la máxima prosperidad económica, y Córdoba se convierte en la más importante ciudad del occidente de Europa, en el centro intelectual y económico más avanzado, donde Abderramán III funda la primera escuela de Medicina europea. También es el lugar donde se estudia la flora y la fauna, se desarrolla la agricultura y también la industria, el lugar donde se alcanzan las más altas cimas del pensamiento científico y filosófico.

El Califato de Córdoba comienza a decaer después de la muerte de Abderramán III, ocurrida en el año 961, pero el siglo X que él gobernó durante 49 años, queda registrado como el de mayor auge, con el gobierno más poderoso de cuantos hayan existido durante la larga presencia musulmana en la península Ibérica.

El Califato se prolongó hasta el año 1031, se fragmentó entonces en pequeños reinos, hasta 23. Se les conoce como Reinos de Taifas. Entre los más importantes hay que mencionar los de Sevilla, Zaragoza y Granada.

Es ya el Medievo una época en que el poder se ejerce en pequeños espacios, el reto histórico es lograr el dominio de grandes territorios.

La península Ibérica es entonces un mosaico de pequeños reinos en pugna, unos cristianos, otros musulmanes, siempre enfrentados, siempre en guerra, decididos a apoderarse del espacio del otro. El dominio de un territorio pasa de unos a otros con facilidad, buscan ensanchar sus fronteras, éstas son inestables, cambian frecuentemente, situación que dificulta la conformación de poderes fuertes.

Las condiciones imperantes en la península, la dispersión y debilidad de quienes gobiernan, propicia que quienes tienen el poder al otro lado del Mediterráneo, crucen el estrecho de Gibraltar. Así llegaron del norte de África los almorávides, llegan con la fuerza suficiente para adueñarse de Al-Andalus y debilitar la soberanía de los reinos de taifas.

La situación se vuelve conflictiva y en el año 1143, los musulmanes nativos se sublevan contra la dinastía gobernante, menguando notablemente su poder.

Los Reinos de Taifas siguen existiendo hasta 1492, son en sus diferentes etapas, como siempre ha sido Al-Andalus, espacio cultural, lugar de creación

artística, de desarrollo económico. Siempre en el punto de mira de quienes quieren mostrar su fuerza y aumentar su poder.

En el siglo XIII, en África del norte, el poder de la dinastía de los almohades se impone, su triunfo les permite mostrar su fuerza yendo a conquistar los dominios de Al-Andalus, lo logran y su gobernador se proclama califa del Reino de Sevilla en el año 1227.

La persistente lucha entre moros y cristianos va debilitando a los Reinos de Taifas que poco a poco van desapareciendo.

Granada fue el último de los Reinos de Taifas, adquirió notoriedad cuando aprovechando la decadencia de la dinastía de los almohades, Mohamed I de la dinastía de los nazarís, se adueña del reino. Gobernaron desde el año de 1231 hasta el de 1492. Construyeron un reino fuerte y próspero, durante más de dos siglos –261 años– fue el centro cultural y político del Islam en el territorio ibérico. Allí perduró y se perfeccionó la impresionante riqueza artística de Al-Andalus. La Alhambra –la ciudad roja– espectacular y bella, queda como testimonio de su grandeza. Su derrota marca el gran triunfo de los reyes católicos. Abre el camino a una sociedad regida por la religión católica.

Los ocho siglos de presencia musulmana en la península Ibérica, un largo, muy largo periodo, fueron de gran esplendor, pero los musulmanes solo pudieron afianzar su poder, su dominio en el Al-Andalus. El territorio ibérico era un espacio ocupado por diversos pueblos, como lo había sido desde tiempos inmemoriales. Los musulmanes llegaron en tiempos de grandes migraciones, venían desde muy lejos, desde Asia, recorrieron un largo camino, y desde el norte de África cruzaron el Mediterráneo y se expandieron por la península, casi la ocuparon toda, pero en el norte al resguardo de la cordillera pirenaica, y junto al mar Cantábrico, habitaban pueblos que desde siempre habían ocupado esas tierras, tenían una identidad propia, una cultura conformada por una herencia milenaria marcada por su peculiar entorno geográfico.

Allí seguían estando, como dice Estrabón que antes estaban, los astures, los galaicos, los vascones, los indigetes. Su medio geográfico facilitaba un cierto aislamiento, también facilitaba el rechazo a quien llegaba de afuera.

Este rechazo se expresó muy pronto ante la presencia musulmana, como se había expresado antes, cuando otras invasiones se produjeron.

Los astures que antes se habían resistido a la ocupación romana, desde el mismo siglo VIII, cuando era el año 718, encabezados por un noble llamado Pelayo, y por Alfonso el hijo del duque de Cantabria, se enfrentaron a los musulmanes y los derrotaron en la batalla de Covadonga, hecho que dio origen al poderoso reino cristiano de Asturias, que extendió sus dominios por la zona del mar Cantábrico, llegó hasta las tierras de los galaicos y también más al sur, hasta Coímbra, posteriormente ocuparon también el reino de León.

Tampoco en las tierras que desde tiempos ancestrales habían ocupado los vascones, y las seguían gobernando, lograron los musulmanes establecerse. Llegaron en el año 716, pero fracasaron en su intento por imponer su dominio. Los señores vascos que controlaban y gobernaban esas tierras siguieron defendiendo su independencia y persistieron en su tradicional actitud belicosa. Nunca antes habían sido sometidos y tampoco lo fueron por los ejércitos musulmanes.

Al resguardo de la cordillera pirenaica viven otros pueblos que conservan su independencia, habitan en las regiones que después se conocerán como Pamplona, Aragón, Sobrarbe, Ribagorza.

Al noreste de la península los musulmanes tuvieron que enfrentarse al poderoso Imperio Carolingio, era el año 778, cuando los francos que habitaban al norte de los Pirineos vieron amenazado su territorio. Carlomagno en un intento por buscar un acuerdo, llevó a su ejército hasta la musulmana Zaragoza, pero no tuvo éxito, le cerraron las puertas y debió retirarse obligado por el ataque de los nativos.

Eran dos poderes muy fuertes enfrentados, los francos no podían permitir el avance musulmán que ponía en peligro su supervivencia. Persistieron en su defensa y en el año 785 ocuparon Gerona, después en el año 801, lograron llegar hasta Barcelona y conquistarla, pudieron así, mantener a los musulmanes lejos de su territorio. En posteriores ataques afianzaron su poder y pudieron hacer tributaria a la poderosa ciudad musulmana de Tortosa.

Su poder adquirió fuerza y con esas tierras arrebatadas a los musulmanes conformaron una nueva provincia franca: la Marca Hispánica, que el hijo de Carlomagno anexó a la Septimania. Así a uno y otro lado de los Pirineos se impuso el dominio de los francos.

Forman entonces el Marquesado de Gotia, el país de los godos. El primer marqués fue el conde Besa de Barcelona que extendió sus dominios hasta Ampurias, Urgell, también a Pallares y Ribagorza, tierras que anteriormente habían pertenecido al reino de Navarra.

El marquesado se fortalece y se mantiene hasta el año de 865, cuando las dos provincias francas se separan y los condes de Barcelona adquieren cada vez más poder. En tanto los francos viven profundos conflictos internos que los debilitan seriamente. El momento es propicio para que la independencia de la Marca Hispánica comience a gestarse.

En el año 987, Borrell II conde de Barcelona, se niega a reconocer como rey a Hugo Capeto, afirmando así su autonomía. El poder de los condes de Barcelona se consolida.

En ese tiempo, en la península Ibérica existe una sociedad plural, heterogénea, en la que convergen diferentes grupos étnicos. El dominio de unos no impide el respeto a los otros, conviven en zonas musulmanas, cristianos que tienen sus iglesias, sus leyes, sus costumbres, también judíos que tienen sus sinagogas, y viven acorde con su prédica. Igualmente, en territorios controlados por señores feudales cristianos, las comunidades judías viven a su manera, lo mismo que los musulmanes a los que la modificación de una frontera, tan frecuente en esa época, ha dejado en territorio cristiano.

Es una sociedad que tiene como base económica, un modo de producción feudal, organizado en torno a la propiedad de la tierra, es una sociedad agrícola en la que la riqueza la proporciona la producción de la tierra. Más tierra significa más riqueza, es decir más poder. Aumentar la riqueza obliga a apropiarse de una mayor extensión territorial, ya sea, ocupando las zonas todavía no cultivadas, o arrebatándosela por la fuerza a quienes detentan su propiedad.

Consecuentemente, las guerras entre señores feudales son una constante, por ello necesitan contar con un ejército, como mejor armado más efectivo será,

pero en ocasiones las alianzas también son necesarias, hasta llegar a ser condición obligada para derrotar a un enemigo, entonces se producen momentos de paz.

No existe una sociedad unida, un poder único, amplio, lo que existe es una fragmentación total del poder, pequeños cotos de poder que para subsistir deben fortalecerse, ampliarse, algo solo posible, en principio, a costa de otro.

Ni dentro de los mismos grupos étnicos hay unidad, los musulmanes enfrentados entre sí, luchan por quitarle el poder al que en ese momento lo detenta. Las frecuentes guerras entre las diferentes facciones los debilitan cada vez más. Entonces, no reparan en recurrir a la ayuda de los señores feudales cristianos, ni a la de los capitanes de los ejércitos cristianos mercenarios, expertos en hacer la guerra.

También los cristianos, en continuos enfrentamientos entre ellos, recurren a la ayuda de los musulmanes, y cuando es necesario huyendo de sus contrincantes se refugian en sus territorios.

Los condes de Barcelona establecieron alianzas con el Califato de Córdoba, y el conde Ramón Borrell ayudó militarmente a los musulmanes. Berenguer Ramón, reconocido por sus importantes empresas guerreras, estuvo también aliado con los musulmanes.

Los condes cristianos combaten a los musulmanes cuando estos invaden sus territorios, entonces defienden sus dominios pero no dudan en ir junto a ellos en empresas guerreras que puedan fortalecerlos.

En esta sociedad heterogénea tampoco eran raros los matrimonios mixtos. Cuando una alianza matrimonial es útil en función de los beneficios que aporte, no dudan en recurrir a ella como una manera de fortalecer su poder. Los intereses políticos y económicos que están en juego determinan, en ocasiones, un matrimonio.

El rey moro de Huesca se casó con la hija del conde de Aragón. El príncipe cordobés Abdulá, se casó con una noble castellana y fueron los abuelos de Abderramán IV. Estos matrimonios no eran algo excepcional, ni una rareza, tenían un viso de normalidad.

También era frecuente que los gobernantes intercambiaran visitas, viajaban a los reinos vecinos, tanto si eran cristianos o musulmanes.

Las visitas de los condes cristianos a la espectacular Córdoba, era un lujo que muchos de ellos querían y podían permitirse.

Había intercambio, cercanía, entre las zonas musulmanas y las cristianas, tanto, que en los reinos cristianos circulaba con normalidad la moneda musulmana.

Tampoco en el aspecto religioso había conflictos de convivencia cotidiana, se conocen casos que evidencian que un mismo edificio se usaba como mezquita y también como templo católico.

Indudablemente era una sociedad tolerante, pero siempre en pie de guerra, los musulmanes en medio de su gran esplendor cultural entraron en una etapa de franca decadencia política y militar. Junto a las frecuentes sublevaciones de los nativos, las sucesivas invasiones de Almorávides, Almohades, Nazarís, etcétera, todos buscando adueñarse del territorio peninsular, muestran fricciones profundas que los llevan a un debilitamiento tal, que en el siglo XI con el fin del Califato de



Córdoba y la división en Reinos de Taifas, Al-Andalus inicia su decadencia y consecuente desaparición.

En los territorios cristianos las guerras entre señores feudales son una constante, se procura la concentración del poder porque la dispersión feudal ya resulta obsoleta, no produce lo suficiente, el estado de guerra imperante exige más riqueza, demanda gastos cuantiosos en armas y soldados disponibles, es necesaria pues una economía más fuerte, más productiva.

La guerra le permite al señor feudal ampliar su territorio, hacer prisioneros que se convertirán en fuerza de trabajo a su disposición, podrá así no sólo adueñarse del territorio perteneciente al contrincante derrotado, sino también ocupar tierras todavía no cultivadas, poblarlas, beneficiarse de sus riquezas, ampliar sus dominios.

El señor feudal vencedor rebasará los límites del pequeño feudo, alcanzará mayores niveles de riqueza; riqueza que le dará el poder necesario para convertirse en conde. Y el conde que gane más guerras será más rico y más poderoso, entonces podrá ser rey, tendrá la fuerza necesaria para imponerse sobre los otros. Se van conformando así, centros de poder, entidades políticas más fuertes, con una economía más productiva, más redituable, con una extensión territorial mayor, serán éstos los que alcancen el rango de reino, los que no lo logren, los que queden rezagados, deberán convertirse en vasallos. El aliciente para prosperar, para enriquecerse, acelerará el desarrollo, tanto técnico como económico.

El mapa ibérico durante siglos fue cambiante, con fronteras inciertas, inestables, que hoy señalan el espacio de unos y mañana el de otros. La pelea por controlar el territorio peninsular duró siglos, pero el sistema económico feudal va perdiendo fuerza, otra manera de producir se va abriendo camino, se perfila una nueva manera de desarrollo económico. El mapa ibérico se va dibujando de otra manera.

En la tierra de los astures, después de la batalla de Covadonga, cuando era el año de 757, donde se asienta Oviedo se conformó un reino que ocupa el noroeste de la península desde la frontera vasca hasta la tierra de los galaicos y la de los lusitanos. Después en el siglo X Ordoño II extendió su dominio hasta León, donde estableció su Corte, será entonces el Reino de Asturias y León.

En el siglo XI establece fuertes lazos de unión con el poderoso Reino de Navarra, al casarse el rey Alfonso III de Asturias con la hija del rey de Navarra.

También en el siglo VIII surge en torno a Pamplona el Reino de Navarra. En 716, los musulmanes llegan hasta allí, pero no pueden imponer su dominio. También Carlomagno lo intenta pero igualmente fracasa. Íñigo Arista, primer rey de Pamplona, hijo de un jefe de los vascones, se afianza en sus dominios, amplía su territorio y da lugar a la primera Dinastía Real navarra.

Para el siglo XI Navarra es el reino más poderoso de la península, se extiende hasta el lado francés de los Pirineos, limita al Este con la Marca Hispánica, y llega hasta Castilla, pero al morir el rey Sancho III divide entre sus hijos el reino, que para entonces abarca a Castilla, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza y la propia Navarra que heredó a su hijo García, su primogénito.

A partir de ese momento los enfrentamientos, las guerras entre ellos no cesan, no viven un momento de paz. La lucha entre Navarra, Aragón y Castilla es continua.

Para el siglo XIII, en 1234, Sancho VII muere sin dejar descendencia. En medio de los pleitos que esto provoca, la Casa de Champaña, de la parte francesa vinculada a Navarra, hereda la Corona.

El pequeño territorio pirenaico que Aragón ocupa desde antaño, sigue la tendencia imperante en esa época, busca imponerse sobre quienes lo rodean. Cuando lo gobierna el Conde Aznar Galíndez se apodera de Jaca, después el Condado de Aragón con el apoyo carolingeo que pretende dominar la zona, se extiende hasta Urgell.

En el siglo X al casarse el rey de Navarra con la princesa de Aragón éste queda unido al poderoso reino navarro, hasta 1035, cuando Sancho III de Navarra lo hereda a su hijo Ramiro que será el primer rey de una dinastía aragonesa. Comienza entonces un largo periodo de conquistas territoriales que llevarán a Aragón a convertirse en una gran potencia política y militar.

Al noreste peninsular de los cimientos feudales que caracterizan la Edad Media, han surgido una serie de Condados que en su momento formaron la Marca Hispánica, provincia del Imperio de Carlomagno. El sometimiento no duró mucho y al independizarse, en torno al Condado de Barcelona, conforman una potencia político-militar que extenderá sus dominios por todo el mar Mediterráneo, ocupando el sur de Italia, una parte del Mediterráneo francés, llegando hasta Atenas y más allá.

En el año 1137, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, se casa con Petronila, princesa de Aragón, hecho que da lugar a la unión de Cataluña y Aragón. El hijo de este matrimonio, Alfonso II de Aragón, hereda los dos reinos, comienza así a conformarse el gran poderío de la Corona de Aragón. Este hecho determinará en gran medida la historia de la península Ibérica.

Situada en el centro del territorio ibérico, se encuentra la musulmana Akila, es tierra de castillos, para el siglo IX es un condado dependiente del Reino de León; lo gobiernan condes que los reyes de León nombran. La oposición que esto genera, el descontento que el dominio asturleonés produce busca como expresarse. Para el siglo X, el conde Fernán González –un personaje situado entre la leyenda y la realidad– aparece como el defensor de la independencia castellana. En el año 961 se le reconoce como soberano independiente.

Sigue un periodo de independencia, hasta que en el siglo XI, el conde García Sánchez, muere asesinado, y de la Castilla que gobierna se apodera Sancho III, el mayor de Navarra forma parte de este reino hasta que al morir el rey Sancho III lo hereda a su hijo Fernando ya en calidad de Reino de Castilla, posteriormente, en el año 1157 se une al Reino de León. Son tiempos en que los reinos de Castilla y León viven asolados por guerras intestinas y por continuas sublevaciones de siervos.

En 1109 muere Alfonso VI de Castilla, hereda el trono su hija doña Urraca, que al enviudar casó con Alfonso I de Aragón. Este aprovecha su condición de consorte para apoderarse de Castilla, Toledo y parte de León, sólo le deja a doña Urraca, Galicia. Doña Urraca y su hijo pelean contra Aragón y su rey, logran conservar sus dominios y para 1126, el hijo de doña Urraca es coronado rey de

Castilla, será Alfonso VII. Al morir Alfonso I de Aragón, pretende heredar de su padraastro la Corona aragonesa, pretensión que da lugar a grandes conflictos.

Alfonso VII logra frenar las continuas guerras y las frecuentes sublevaciones. Castilla puede así continuar activa en su lucha contra los musulmanes.

Al finalizar el siglo XII, Alfonso IX de León se casa con doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, de este matrimonio nace Fernando IV que en 1230 será rey de Castilla y León, hecho que marca la unión definitiva de estos dos reinos.

Al oeste de la península, compartiendo vecindad al norte con los galaicos, habitan los lusitanos.

En el siglo IX los reyes asturianos conquistaron la zona que se encuentra al norte del río Duero. En el siglo XI el Reino de Castilla invade el Reino Lusitano, poco a poco lo va ocupando todo hasta que Castilla lo anexa a sus dominios. El rey Alfonso VI en el siglo XII casa a su hija con Enrique de Borgoña y le cede el territorio lusitano que será después, el Condado de Portugal. A la muerte de Alfonso VI su yerno se declara independiente de Castilla, de esta manera la Dinastía de los Borgoña, se apropia de las tierras lusitanas, que gobernarán con éxito, tienen la fuerza necesaria para dedicarse a combatir a los musulmanes, logran ampliar considerablemente su territorio, tanto que ya será el Reino de Portugal.

En el siglo XII, cuando era el año 1143, Alfonso VIII de Castilla reconoce la independencia del Reino de Portugal.

Para el siglo XIII el mapa político de la península Ibérica, muestra dos importantes espacios de poder, por una parte Aragón al que se han sumado los Condados Catalanes, por la otra, Castilla, que recién iniciado el siglo, incorpora a su territorio a las provincias vascongadas de Alava, anteriormente unida, primero, al Reino de Asturias, y después al de Navarra, y Guipuzcua que hasta el siglo XII fue parte de Navarra; Vizcaya se incorporará en 1379 a Castilla, cuyo territorio, para entonces, ya se extiende de norte a sur de la península, va del Cantábrico al estrecho de Gibraltar.

En ese momento Castilla y Aragón son tan fuertes para enfrentarse en el combate como para obligarse a hacer alianzas, así, ante la todavía no despreciable presencia musulmana, principalmente concentrada en el Reino de Granada, gobernado por la poderosa dinastía Nazarí, firman en 1244 el Tratado de Almisra, en él se comprometen a respetar sus respectivas zonas de conquista, a no invadir el espacio asignado al otro. Aragón se retira pronto de este empeño, abocado como está en conquistar el Mediterráneo, tarea que lo convertirá en la gran potencia mediterránea del Medievo. Castilla persistirá en el combate a los musulmanes, hasta derrotarlos al finalizar el siglo XV.

En el siglo XIV quedan en el territorio peninsular, además de Castilla y Aragón, al oeste junto al océano Atlántico, el Reino de Portugal que ha afianzado su independencia; muy al norte en la zona pirenaica limítrofe con el mar Cantábrico, un muy pequeño y debilitado Reino de Navarra, al sur junto al mar Mediterráneo, el todavía poderoso reino musulmán de Granada.

La península Ibérica tiene un nuevo mapa político, ha sido dibujado con el poder de las armas, pero no basta con el control de los territorios, se busca muy

especialmente el control de los individuos que los habitan. La presencia fuerte, decisiva, prolongada, del Islam en la península Ibérica, obliga a los cristianos a asegurar no sólo la conquista del territorio, sino también, y muy particularmente, la de las almas que lo pueblan.

A medida que nuevos territorios se van conquistando, se controlan y se marcan con espectaculares construcciones religiosas. Los monasterios, los conventos, las grandes catedrales en las ciudades, las iglesias en los pueblos, señalan el camino espiritual que se debe seguir, el camino de la fe, que es también el camino de las victorias obtenidas en la lucha contra el Islam, o lo que es lo mismo, en la defensa de la religión católica. Esta idea debe formar parte de la cotidianidad, debe quedar impregnada en el imaginario colectivo.

A la par que se conquista el territorio se propaga la fe católica, surgen por doquier leyendas piadosas que alimentan la imaginación popular. Se habla de nuevos santos, preferentemente son nativos.

La sociedad, la manera de relacionarse, la vida toda, está impregnada de religiosidad. El arte en todas sus manifestaciones, es arte religioso, la música, la pintura, la arquitectura son manifestaciones de devoción; su misión es embellecer el ámbito religioso, desde las majestuosas construcciones en piedra que deben sobrevivir al tiempo, hasta las pinturas que las adornan y la música que acompaña el ritual.

A través de la grandiosidad de las expresiones religiosas que están en la Tierra, debe vislumbrarse el cielo que la religión católica promete. Ese cielo al que todos pueden llegar a través de la obediencia y el cumplimiento de la práctica religiosa. Ese cielo prometido tan lejos de la cotidianidad del común de los mortales.

Se fundan también importantes órdenes religiosas, tan importantes que todavía en la actualidad se mantienen vigentes. Ocupan en esa sociedad un lugar preponderante. Están cerca de la gente, su presencia, su influencia es determinante en el vivir de cada día.

Adquieren especial relevancia en el siglo XIII, se funda entonces, en 1215, la Orden de los Franciscanos que es obra de San Francisco de Asís. En 1216, Santo Domingo de Guzmán funda la Orden de los Dominicos, que adquiere especial importancia porque a ella se asocia la creación de un tribunal específico para la averiguación, procesamiento y castigo de los herejes, será el Tribunal de la Inquisición, o del Santo Oficio, tan presente y tan trascendental en esa etapa histórica.

En el Reino de Aragón se constituyó la primera Inquisición, como tribunal especial independiente de los obispos, y en 1219 se le confió a la Orden Dominicana establecida en la ciudad de Barcelona.

La primera Instrucción para inquisidores data de esa época, fue redactada por el monje Raimundo de Peñafort, que luego sería San Raimundo. Fue publicada en 1235, por el obispo de Tarragona. Así, la religión acompaña la vida, y el Tribunal de la Inquisición la norma, será sombra que acompañe el vivir, que es historia, de los pueblos de Iberia.

En este marco de religiosidad se construye un poder económico que sostendrá el nuevo mapa político de la península Ibérica. A las grandes construcciones religiosas que van señalando el avance de los reinos cristianos,

conventos, monasterios, etcétera. Se les otorga la propiedad de grandes extensiones de terreno.

En general la península Ibérica estaba poco poblada, y en esos territorios que habían vivido una situación de guerra tan prolongada, las tierras disponibles eran muchas, ya sea porque nunca habían sido cultivadas, o porque quienes allí vivían, se habían visto obligados a abandonarlas por la difícil situación imperante en determinado momento.

En la edificación de edificios religiosos no está ausente el interés económico, permite crear nuevos núcleos de población, repoblar para obtener una mayor producción agrícola, que se traduce en un desarrollo económico más acelerado. En torno a monasterios, conventos e iglesias, se acumula riqueza. En ocasiones son dueños de todo un pueblo y de la actividad económica que en él se genere.

Un caso que ilustra hasta dónde puede llegar la acumulación de riqueza en torno a una construcción religiosa, es la fundación del Arzobispado de Toledo, que fue acompañada de la donación de huertas, casas, tiendas, los molinos de la ciudad, y además, de los nueve pueblos cercanos, que eran: Rodiles, Canales, Cabañas, Conejo, Alcolea, Barcides, Melgar, Almonacid y Alpobrega. Todo por la soberana voluntad del rey Alfonso VI.

Junto a ser dueños de esta enorme riqueza, los clérigos tenían inmunidad personal, no podían ser juzgados por los tribunales ordinarios del rey. Gozaban, además, de la Real que los eximía del pago de los tributos fiscales, y la población tenía la obligación de pagarles el diezmo.

El ámbito religioso se mezclaba con el ámbito económico, lo que da como resultado un control absoluto, total, de la población. Un control que se ejerce de manera directa, que envuelve la vida toda de la persona, que trabaja, es decir, se sustenta, come y vive del trabajo que le proporciona quien le marca los preceptos religiosos que deben normar su vida. En estas circunstancias, no había más vida que la que giraba en torno a la Iglesia. El poder de la religión lo determinaba todo. Lo terrenal estaba sujeto a las directrices emanadas de los intereses religiosos. Era una población mayoritariamente rural, analfabeta y pobre, cautiva y sin escapatoria, siempre sometida, desde el nacimiento hasta la muerte.

Otro nivel de propiedad territorial es el que se origina en los dominios de los señores feudales, siempre activos, siempre dispuestos a ampliar su territorio, para lograrlo la guerra es el medio más común, son exitosos cuando las acciones bélicas les permiten aumentar su riqueza, es decir, su poder, poder que les permitirá crear un linaje familiar que les dará prestigio social, y también influencia política. Todo sustentado siempre, en la posesión de grandes extensiones de tierra, que hay que defender.

Hacer la guerra también genera riqueza para quien está en el campo de batalla, la continua actividad bélica exige que un amplio sector de la población masculina se dedique exclusivamente a defender las propiedades del señor feudal, él debe pagar sus servicios, son asalariados cuyo único trabajo es hacer la guerra.

Surgen también bandas dedicadas a prestar sus servicios en el campo de batalla, se organizan en torno a alguien, algún caudillo, que guerreando se ha convertido en jefe militar, están al servicio de quien pague mejor, ellos son los que



saben hacer la guerra, conforman una clase guerrera fuerte y poderosa, y también muy necesaria. Son indispensables, tanto que hay que pagar sus servicios, invertir en un ejército disciplinado y bien armado es redituable. Hacer la guerra es una inversión productiva, quienes se dedican a ella acumulan riqueza y poder, en esa sociedad adquieren cada vez más relevancia, con ellos hay que contar, sin ellos el poder es frágil.

En este ambiente de guerra se ha gestado una nueva forma de organización social, quienes han sido más hábiles tienen ya el poder necesario para controlar grandes extensiones del territorio peninsular, constituyen un reino, gobernado por una monarquía encabezada por un rey, a su alrededor gira un grupo de señores enriquecidos que sólo ha podido alcanzar el título de conde, o de duque, son los nobles, tienen dinero y poder, pero ante todo tienen una gran ambición: reinar.

La lucha por ser rey también fue cruenta, la nobleza siempre se mostró rebelde frente a la realeza, no aceptó fácilmente su dominio, evidenció siempre su oposición a la autoridad real.

Es una época en la que el poder de la monarquía no se ha consolidado, los nobles conforman una fuerza política importante, se asocian para apoyar a uno u otro soberano, o a cualquier aspirante al trono que tiene fuerza suficiente, a consecuencia de ello en ocasiones se desencadenan verdaderas guerras civiles.

En Aragón se formó una asociación de nobles, llamada La Unión, que en 1238 presentó al rey Pedro III una serie de peticiones a las que se les dio el nombre de Privilegio General, que el rey se vio obligado a aceptar. Exigían respeto a sus fueros, privilegios y costumbres. Unos años después, en 1287, exigieron más, pidieron un nuevo privilegio que se llamó De la Unión, facultaba a las Cortes a deponer al rey si éste no cumplía con los privilegios concedidos a los nobles. La lucha entre ellos era inclemente, cruel, sin cuartel.

Los pleitos por la sucesión al trono eran frecuentes, cualquier pretexto podía desatar una guerra. Martín I, rey de Aragón y Sicilia murió sin descendencia. Disputaban la Corona, Fernando de Antequera de la Casa Real de Castilla, hijo de una hermana del rey aragonés y don Jaime de Urgell, hijo de un primo de este monarca. No se aceptó la propuesta del infante castellano, ni en Valencia ni en los Condados catalanes, tampoco en Aragón, siguieron dos años de pleitos e incertidumbres que llevaron a las Cortes Catalanas a reunirse para buscar una solución, era entonces el año 1410, para el de 1412, aragoneses y valencianos aceptaron la propuesta catalana, se acordó nombrar una comisión que se reunió en la Villa de Caspe. Se firmó allí el acuerdo que se conoce como Compromiso de Caspe, que resultó de gran trascendencia histórica.

Se concretó el 28 de junio de 1412, siendo el elegido el infante castellano. La decisión fue bien recibida en Aragón, no así en Valencia y Cataluña, donde la opinión de la mayoría favorecía al conde de Urgell. A pesar de esta oposición el Parlamento catalán aceptó la decisión tomada y reconoció a don Fernando, quien ofreció al conde de Urgell un arreglo, que consistía en casar a su hija con uno de los hijos del conde, además le ofrecía el Ducado de Montblanc, pero no aceptó el ofrecimiento y ayudado por caballeros y soldados puestos a su disposición por señores navarros y gascones, le declaró la guerra que duró hasta 1413, cuando se vio obligado a rendirse en la batalla que se realizaba en el poblado de Balaguer.

Durante el Medievo, el mapa político de la península Ibérica sufrió modificaciones frecuentes, generalmente originadas en el campo de batalla, pero en ocasiones se debían a una alianza matrimonial ventajosa, o impuesta por la fuerza, a un reino más débil. En todo caso, crear vínculos de parentesco con otras familias reinantes, situar a las hijas en una posición ventajosa, podría en determinadas circunstancias ser de utilidad.

Se pueden citar numerosos ejemplos de matrimonios concertados que modificaron fronteras. En el siglo X Aragón quedó unido al Reino de Navarra, al celebrarse el matrimonio de la princesa aragonesa con el rey de Pamplona.

En el siglo XI el rey Alfonso III de Asturias se casó con la hija del rey de Navarra, y las fronteras cambiaron.

Son matrimonios que de una manera o de otra tienen injerencia en el mapa político peninsular porque simultáneamente crean alianzas políticas, al menos las facilitan.

De gran trascendencia histórica resultó la celebración del matrimonio de la princesa Petronila de Aragón con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, este matrimonio dio paso a la unión de los dos reinos, y paralelamente al surgimiento de la poderosa Corona de Aragón.

Alfonso IX de León se casó en 1197 con la infanta Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla, matrimonio que marca la unión definitiva de los dos reinos. Ya se mencionó anteriormente que la independencia del Reino de Portugal fue consecuencia de una alianza matrimonial.

El siglo XV fue ya de manera definitiva, el siglo de Castilla y Aragón, el Compromiso de Caspe llevó a la Casa Real castellana a formar parte de la Corona de Aragón, antes habían superado desavenencias, se habían puesto de acuerdo para no estorbarse en sus afanes conquistadores más allá de las fronteras peninsulares. En el norte de África habían señalado límites, de Mulaya al Atlántico, la parte occidental que incluía a Marruecos, le correspondía a Castilla, la parte oriental de Mulaya hasta Túnez, sería protectorado aragonés. Podían salir al Mediterráneo, al Atlántico, a conquistar mundo sin obstaculizarse unos a otros.

Quedaba resolver las relaciones internas, situar a través del matrimonio a una princesa aragonesa dentro de la Casa Real castellana había dado ya buenos resultados, había allanado el camino para que Fernando de Antequera fuese rey de Aragón, ese camino seguiría dando buenos resultados.

La celebración del enlace matrimonial entre la infanta Isabel de Castilla y el príncipe Fernando de Aragón en 1469, fue un hecho histórico definitivo, de gran trascendencia.

Al morir Enrique IV, y ante la duda de la legitimidad de su hija Juana, se nombra reina de Castilla a la hermana del rey, la infanta Isabel. Los partidarios de Juana no estuvieron de acuerdo y se desencadenó una guerra que duró cinco años. Fue hasta 1479, que Isabel fue reconocida legalmente reina de Castilla. Ese mismo año murió Juan II de Aragón y subió al trono su hijo Fernando II, sus dominios comprendían además de Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, por sus antecedentes castellanos era nieto de Fernando de Antequera, por esta circunstancia se sintió con derecho a ser rey de Castilla, pero los partidarios de Isabel se opusieron. Se llegó a un acuerdo, Castilla tendría un gobierno de dos reyes, una diarquía, los sellos reales ostentarían conjuntamente las armas de

Castilla y Aragón. Se acuñó la célebre frase: Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando. El gobierno de Castilla sería conjunto, solo la parte administrativa quedaba exclusivamente en manos de Isabel. El gobierno de Aragón era responsabilidad exclusiva de Fernando.

Se había dado un gran paso para lograr la unificación de los territorios ibéricos, un hecho histórico que marcaría el inicio de una época nueva.

Esta unión de las dos potencias que comparten el territorio de la península Ibérica, llega en un momento en el que los nobles todavía tienen fuerza para mantener en jaque a la realeza. Existe todavía una situación anárquica que crea conflicto. La perspectiva, el propósito necesario de la realeza es afianzarse como un poder único, un poder que unifique y controle.

La unión de Castilla y Aragón es un gran avance en este intento, une, en principio, los territorios de las dos grandes potencias peninsulares. Pero el objetivo último, fundamental, es centralizar el poder. Mostrar que la fuerza es solo de la Corona, a ello se aboca la realeza personificada en Isabel y Fernando, ellos son los reyes, pero este señalamiento no basta, hay que especificar, ellos son los Reyes Católicos, en ellos se expresa el triunfo de la fe católica sobre el Islam. Su gobierno es resultado de este triunfo, en consecuencia será la fuerza de la religión católica su sustento, en él se expresará el triunfo de la fe.

En aras de esta lógica, nada debía quedar al azar, todo debía estar controlado, ante todo consolidar la unidad religiosa de los dos reinos. Así, recurrir al Tribunal de la Santa Inquisición, darle presencia, es la tarea que marcará el inicio del reinado de Isabel y Fernando. Si hasta entonces la Santa Inquisición dependía de la autoridad eclesiástica, cuando es el año de 1480, y el reinado de los Reyes Católicos ha comenzado, la autoridad pasa a ser exclusiva de la Corona.

El Consejo de la Suprema y General Inquisición presidido por el inquisidor general, será nombrado directamente por los monarcas.

Este Consejo tendrá presencia en todo el territorio, en todas las provincias se instala el Tribunal de la Santa Inquisición, no se deja espacio sin vigilancia directa, siempre está cerca de la población.

Se cuenta así, con una institución poderosa y bien organizada, siempre ejerciendo el control terrenal que necesita la monarquía católica.

Todo el esfuerzo de la Corona puede ir dirigido a construir una monarquía sin contrapeso, una monarquía absolutista, pueden ya tomar las medidas necesarias para que esto sea así, para que nadie les discuta el poder, los Reyes Católicos cuentan con el apoyo divino a través del Tribunal de la Santa Inquisición.

Con este respaldo se sitúan en el centro alrededor del que gira la vida toda del Reino. Donde están ellos, está la Corte, y la vida debe girar en torno a la Corte, es decir en torno a ellos.

Los nobles pasan a ser cortesanos, solo cuentan si tienen un espacio en la Corte, si se manifiestan acordes con la voluntad del Soberano. La Corte los aparta de su lugar de residencia, del poder que les da su propiedad, pero les ofrece cargos honoríficos que satisfacen su vanidad. Para ello se crea el servicio de Guardia Palatina, a la que es un honor y un orgullo pertenecer. El cuerpo de gentilhombres de la Casa y Guardia del Rey da cabida a doscientos gentilhombres seleccionados entre las más poderosas familias aristocráticas de Castilla, Aragón

y Sicilia. Se les hacen un gran honor y reciben una buena paga. Pertener a ese cuerpo real es la máxima aspiración, esforzarse en conservar ese honor es lo que cuenta.

La vida del Reino está en la Corte, los nobles para mantener su estatus deben buscar estar lo más cerca posible de ella, sino tienen el privilegio de llegar hasta allí, deben al menos buscar el cobijo de alguna ciudad importante. Permanecer en su propiedad, en sus tierras, en su feudo, significa vivir en la oscuridad, en el aislamiento, olvidados e imposibilitados para participar en cargos públicos, y más aún para organizar revueltas. La nobleza deja entonces de constituir un peligro en el orden público.

Durante siglos la guerra ha sido el *modus vivendi* de un sector de la población, siempre dispuesto a servir al poderoso que en un determinado momento lo necesita y puede pagar sus servicios. Siempre movilizado en torno a un jefe, su disponibilidad es su fuerza, los coloca cerca del poder que la riqueza genera.

En torno a esa masa guerrera se ha conformado una fuerza que no sólo se ha enriquecido sino que tiene el control de las armas y de los ejércitos que pueden manejarlas. Son ellos los que pueden hacer la guerra, los que tienen los medios necesarios para hacerla en el momento que quieran y contra quien quieran.

Organizados, cuentan, no pueden ser ignorados. Conforman órdenes militares que en su organización muestran su fuerza, las encabezan jefes poderosos, los que más porque en ellos el poder de las armas se une con el del dinero.

Como enemigos, son invencibles, para sostener el poder absoluto que la monarquía ostenta, necesarios.

Constituyen un pilar fundamental de esa sociedad, es necesario hacerlos sentir parte de ella, que se sientan parte de ese poder absoluto. Su fuerza bien vale un título nobiliario, con él tendrán un lugar en la Corte.

Los Reyes Católicos deben también mostrar su poder ante las cortes. Las reúnen y su primer acuerdo es anular las mercedes que hasta entonces favorecían a los nobles, al mismo tiempo dejan claro que las cortes se reúnen únicamente cuando los soberanos las convocan.

El siguiente paso es fortalecer el orden público, el orden debe imperar para acabar con la anarquía que ha asolado al Reino, para ello crean la Santa Hermandad, que es la primera forma de gendarmería o milicia civil que se crea en Castilla, vigilar a la población es su tarea.

El poder de la Corona debe sentirse en todo el Reino, el poder central debe tener injerencia en todo el territorio, sus representantes llegan hasta los lugares más recónditos, se envían corregidores, veedores de cuentas, etcétera. Todo debe estar vigilado, controlado. Se conforma, así, una burocracia que le facilitará a la Corona administrar el Reino.

Una serie de reformas políticas marcan nuevas pautas de gobierno, tanto en Castilla como en Aragón, para ello se crean consejos reales especializados que vigilarán la buena marcha de la vida pública.

En medio de estos ajustes encaminados a lograr un control férreo del gobierno, la relación de Fernando II el Católico con Cataluña no es respetuosa. Hay de su parte injerencia en los órganos de gobierno propios de la región.

Intervino, imponiéndose, en la organización del municipio de Barcelona. En 1490, la Corona por propia decisión nombra a los consellers, también decide que los cargos municipales se elijan por sorteo. En 1493 reformó el Consejo de Ciento, decidiendo aumentar la representación de la plutocracia barcelonesa.

También abolió los “malos usos” y modificó las relaciones de trabajo de los campesinos.

Con los Reyes Católicos se modifica radicalmente el panorama político de Iberia, la modificación es profunda y sustantiva. En el territorio peninsular se crea un poder centralizado, bien organizado, con consejos reales que se ocupan específicamente de cada uno de los aspectos importantes del gobierno. Un Consejo de Estado, otro de Finanzas, y uno especial para cada uno de los dos Reinos unidos, Castilla y Aragón.

La Iglesia, la nobleza y las órdenes militares son poderes fácticos al servicio de la Corona, en las nuevas circunstancias dependen totalmente de ella, para subsistir han debido adecuarse a sus necesidades.

El sistema económico feudal ha quedado atrás, el mundo, la humanidad, ha alcanzado una nueva etapa de desarrollo, tanto económico, como tecnológico, en consecuencia también cultural. De esta nueva etapa los Reyes Católicos serán actores destacados, fundamentales, no solo en la península Ibérica, sino también en el mundo entero. Su poder alcanzará proyección mundial.

Para 1492, después de ocho siglos de presencia musulmana en la península, logran derrotar al Reino de Granada, y con ello acabar con la influencia del Islam en sus dominios.

Es también el año de la expulsión de los judíos de Iberia, la tolerancia y el respeto que en otros tiempos se mostraba para el otro, hacia la otredad, la diversidad, terminó al amparo del Tribunal de la Santa Inquisición. Se busca borrar la gran aportación cultural, científica, económica, que la comunidad judía aportó a Sefarad.

Nada al margen de la religión católica tiene cabida en el Reino de Isabel y de Fernando.

1492 es también el año que muestra la gran potencia que de la unión de Castilla y Aragón ha surgido. A su amparo Cristóbal Colón se aventura en la Mar Océana y encuentra un nuevo continente, se le llamará América.

Empero, dentro de la península la tarea conquistadora todavía no está terminada, muy al norte, en esas tierras siempre habitadas por los vascones, el Reino de Navarra se mantiene independiente, llega así, al siglo XVI, es el año de 1512, cuando Fernando II de Aragón, el católico, tiene ya la fuerza necesaria para ocupar el territorio navarro. Para 1515, contando con el poder de la Castilla de Isabel, reúne en la ciudad de Burgos a las Cortes y proclama al Reino de Navarra unido a Castilla.

Las tierras de Iberia están en sus manos, las gobernará una monarquía absolutista, anclada en la fuerza de las armas, y en el poder manipulador de la Iglesia católica. La unidad se ha logrado, debe, pues, expresarse en un nombre, ese nombre es España. Su fecha de nacimiento: 1515.

En unos pocos años, el Reino que los Reyes Católicos han construido y han nombrado España, se convertirá en una potencia mundial de primer orden, será el Imperio en el que no se pone el sol, quienes lo gobiernen no serán ni

castellanos, ni aragoneses, vendrán de otros lares, primero los Austrias, después los Borbones.

La Edad Media ha terminado, comienza el siglo XVI y el territorio de la península Ibérica queda dividido en dos entidades políticas, una, Portugal, que desde un tiempo antes había consolidado su independencia, y la otra, a partir de entonces conocida como España, es resultado de la unión de varios reinos.

Para llegar a este momento, una muy larga historia se ha vivido en las tierras de Iberia, tan larga que sólo desde la perspectiva del tiempo histórico, puede comprenderse su verdadera dimensión.

Las primeras huellas de vida humana encontradas en la península, datan del Pleistoceno, es decir, ha pasado alrededor de un millón de años desde entonces. La cercanía con África permite pensar que el proceso evolutivo de la humanidad que allí se inició, se extendió pronto a la península Ibérica. Así lo demuestra la presencia, muy antigua, de grupos de cazadores recolectores, desde los preneandertales, siguiendo con los ya neandertales, y después todas las diferentes etapas de la evolución humana, hasta llegar al Homo sapiens.

El largo proceso evolutivo de la humanidad se hace evidente en el territorio Ibérico con momentos verdaderamente espectaculares.

Es notable la presencia humana del Paleolítico Superior, su arte magnífico se encuentra en el interior de las cuevas, como la de Altamira, y también al aire libre en los barrancos profundos de las zonas secas.

Todo ese vivir, que siempre es un aprender, que en última instancia es construcción de condición humana, va conformando la especificidad de la población ibérica. Pasan muchos miles de años, llega la etapa neolítica, con ella la revolución agrícola, el avance más significativo, hasta entonces, en el desarrollo humano. Se cultiva la tierra, se domesticar animales, la piedra se pule, se fabrican utensilios de cerámica, la vida se hace sedentaria, surge la división del trabajo, el hacer humano se especializa. Los asentamientos humanos se multiplican. Es ya otra época.

El tiempo pasa, la humanidad sigue aprendiendo, avanza, descubre la manera de trabajar los metales, conocimiento que la llevará a niveles superiores de desarrollo, nuevos horizontes se avizoran para el ser humano.

En el tercer milenio antes de nuestra era, en Almería, los millares, muestran que la población se agrupa, es otra su manera de vivir, el hábitat humano conforma entonces una ciudad.

De alrededor del año 2000 mil antes de nuestra era, data una ciudad custodiada por una fortaleza, es el Argar, nos enseña que los seres humanos han aprendido a protegerse, a defender su territorio. Trabajar los metales les ha permitido fabricar armas para defenderse, también las usarán para agredir. Hacer la guerra pasa a formar parte de la cotidianidad humana.

Los humanos van extendiendo su dominio sobre el planeta Tierra, buscan nuevos espacios, mejores condiciones de vida. La estratégica situación geográfica que ocupa la península Ibérica en el Mediterráneo facilita la llegada de gente que viene de muy lejos, llegan con experiencias vitales diferentes, en su encuentro con los otros intercambian conocimientos.

Al sur de la cordillera pirenaica encuentran una realidad geográfica muy particular. Es una geografía diferente a la del resto de Europa, es una

individualidad geográfica con características tan singulares, que algunos geógrafos la definen como un subcontinente.

Es un medio difícil, hostil, un territorio escarpado, con grandes declives; junto a imponentes barreras montañosas se encuentran bruscas depresiones.

La tierra es fértil sólo en 10%, en 90% es seca, dura, áspera, acompañada por un aire que tampoco es benigno, es seco y extremoso. El mar que bordea la península no guarda grandes riquezas. Sus ríos se convierten en barreras insalvables cuando no hay puentes para atravesarlos, pero no en vías fluviales que faciliten las comunicaciones.

La península Ibérica es un espacio pobre, la naturaleza no fue generosa con ella. Estas condiciones adversas propician el aislamiento entre los diferentes grupos de pobladores, y con ello, también su diferenciación. Las comunicaciones siempre difíciles, no favorecieron el intercambio.

Por todas estas condiciones poco favorables, la península Ibérica nunca fue un territorio muy poblado. El aislamiento de esta población escasa se enmarca en espacios, comarcas, regiones, radicalmente diferentes las unas de las otras. Coexisten en el territorio ibérico las más diversas manifestaciones del paisaje, del clima, de la flora y de la fauna.

La península Ibérica se caracteriza por sus grandes contrastes, se manifiestan en todos los aspectos. La uniformidad le es ajena, es lógico que de ello se derive también una profunda diferenciación en el vivir humano.

La condición humana no es un hecho dado, la condición humana se hace, se construye, aprendiendo día a día, el origen primero de este aprendizaje lo encuentra el individuo en el medio que lo rodea.

Los pobladores primeros de la península Ibérica, aprendieron, se formaron, construyeron su condición humana, en esa geografía tan variada que la conforma, en cada espacio hubo que vencer los retos que día a día imponían sus particulares condiciones geográficas. Así se aprendió a encontrar el espacio adecuado para protegerse del clima, a buscar la vestimenta idónea, a fabricar, con los materiales más al alcance de la mano, los utensilios necesarios, a aprovechar los alimentos que el entorno ofrecía.

Las peculiaridades geográficas determinan la manera de vivir, y en consecuencia la manera de ser, entonces surgen personalidades individualizadas acordes con las exigencias, que en última instancia son enseñanzas, impuestas por el medio. De aquí se deriva la diferenciación entre los seres humanos.

La población de la península Ibérica es producto de su medio ambiente, es tan variada como lo es su geografía.

Cada grupo humano, con su peculiar manera de vivir, crea su propia cultura, porque el ser humano es, en esencia, un ente creador, piensa, imagina, inventa, busca expresar sus emociones, sus sentimientos, sus gustos. Su cerebro, una máquina creada por evolución genética, se mantiene siempre activo, siempre en permanente creatividad.

Los grupos humanos, desde tan antiguo afincados en la península Ibérica, han creado cultura, han acumulado conocimiento, experiencia, han construido una identidad propia, una identidad que los distingue y los identifica.

En ese amplio mosaico de culturas que conforman los pueblos ibéricos hay que destacar, además de su enorme riqueza, su gran variedad y sus profundos

contrastes. Su diversidad se expresa tanto en el carácter, como en las costumbres, en el trabajo y la diversión, lo mismo que en las expresiones artísticas, la música, los bailes populares, los trajes regionales. Se dice que lo notorio no son nunca sus similitudes, sino siempre sus diferencias. Un baile flamenco, una sardana catalana, el traje regional de una mujer valenciana y el de una madrileña, son expresiones de culturas radicalmente diferentes.

Son variadas también las construcciones lingüísticas de los pueblos de Iberia, a su evolución la ha acompañado un lenguaje surgido a partir de las experiencias y las necesidades determinadas por su entorno. También en el lenguaje se expresa la individualidad de un pueblo, lo mismo que la de una persona, porque el lenguaje acompaña al devenir histórico, es parte de él. La palabra es parte sustantiva en el proceso evolutivo de la humanidad, lo acompaña, lo distingue y lo determina. En la posibilidad de comunicarse se sustenta la condición humana, la palabra es herramienta fundamental del proceso humanizador, es su soporte.

La historia de la humanidad, de un pueblo, de una persona, desde su inicio va acompañada de la posibilidad de hablar, es algo consustancial a ella, es base, sustento de su condición humana.

Así como el proceso humanizador es porque la palabra lo acompaña, el ser humano es porque lo acompaña un idioma para expresarse, para poder comunicarse, para poder vivir en sociedad. Vivir en sociedad, conformar un grupo social, es posible cuando los individuos cuentan con la palabra para comunicarse. La condición humana es, se da, solo en sociedad, la sociabilidad le es inherente, responde a la necesidad de comunicación propia del ser humano.

Cuando en 1515 Fernando el Católico reunió a las Cortes, en Burgos, y anexó Navarra, a la monarquía que él encabezaba, lo que unió fueron entidades políticas en torno a un poder político, militar y clerical. En ese momento la coyuntura histórica demandaba crear poderes fuertes y centralizados. Pero el territorio peninsular estaba habitado por pueblos que desde siempre, desde tiempos muy remotos, desde épocas muy antiguas ocupaban un espacio que les pertenecía, tenían una cultura, una lengua que en ese espacio habían construido. Allí habían vivido una larga historia, es decir, una larga vida, tan larga que la cultura asturiense ya existía ocho mil años antes de nuestra era, también se sabe de la presencia de los vascones desde el periodo neolítico, algo similar sucede con el resto de los pueblos de Iberia.

Sobre esos pueblos tan antiguos, tan hechos, con una formación histórica tan larga y tan sólida pueden imponerse leyes, normas, controles diversos, pero no se puede borrar su historia, no se puede anular su cultura, ni negar su lengua. Sería tanto como pretender acabar con su condición humana.

El ser humano es un ser histórico, su historicidad lo define, lo sostienen raíces profundamente ancladas en el pasado. Los seres humanos son individualidades con una historia que los conforman, no son sumandos que el poder pueda unir a su antojo. El poder puede sumarse a través de convenios, arreglos en base a intereses compartidos, o por la fuerza de las armas, pero el ser humano queda en otra dimensión. Su identidad no se borra por muy fuerte que sea el poder que lo gobierna.



España es una entidad política construida con la fuerza de las armas, es resultado de siglos de guerra acompañada siempre de un profundo componente religioso. La unidad lograda por Fernando el Católico fue sólo la imposición del poder del más fuerte. Al margen quedaron los pueblos que la habitaban, los seres humanos que allí vivían, su personalidad no se modificó ni un ápice. La unidad que se alcanza a nivel gobierno no se proyecta en su cotidianidad. Fue una unidad impuesta desde arriba que no permea la vida de la población, no la incluye, no tiene validez como experiencia vital, es, pues, una unidad falsa, tan falsa que para hacerla creíble tiene que señalarse con los títulos nobiliarios que ostenta el heredero de la Corona. Es, Príncipe de Asturias, Príncipe de Viana, Príncipe de Gerona, Duque de Montblanc, Conde de Cervera, y Señor de Balaguer. Títulos todos referidos a pueblos cuya lengua materna no es el castellano. Con ello lo que se pretende mostrar es la condición de sometidos a la Corona, de estos pueblos. Es una unidad forzada, pregonada, pero no vivida.

También la obligatoriedad del uso del castellano, por ser la lengua oficial, la lengua de Castilla, la del vencedor, pone en evidencia lo artificial de esta unidad. El que habla el castellano obligado, invariablemente muestra su origen, su pertenencia a un grupo cuya lengua materna puede ser otra.

Por su hablar se distingue al gallego, al asturiano, al catalán, al andaluz, escucharlos es percatarse de la diversidad de los pobladores de la península Ibérica, de la pluralidad cultural que la conforma, de la gran riqueza humana allí gestada.

Natura Olivé. 31 de diciembre de 2013. México, DF.







# Qué país es éste

Natura Olivé

© Forum Ediciones SA de CV